



LA REINA FANTASMA

LAURA LÓPEZ ALTARES

El Principio de Simultaneidad Dimensional establece que dos o más objetos físicos, realidades, percepciones y objetos no-físicos pueden coexistir en el mismo espacio-tiempo. Esta frase atormentaba a Mórrigan día y noche. Había dedicado la mitad de su vida a investigar sobre los universos paralelos, aunque en el fondo sabía que jamás encontraría entre sus libros aquello que le había arrebatado el Destino hacía exactamente 13 años: sus padres. Hija de un marino irlandés -del que heredó un amor infinito por la mitología celta y su indo-

mable melena pelirroja- y de una profesora de la Costa da Morte -quien la enseñó a mirar siempre más allá de las estrellas-, Mórrigan se debatía entre la ciencia y la fe en los Dioses antiguos. Aunque ni la una ni los otros la escuchaban...

Y eso que hasta su nombre era un tributo a la diosa celta de la guerra -"la Gran Reina", "la Reina Fantasma"- . Muchas noches, Mórrigan pensaba que no podían haber elegido mejor su nombre, pues solía sentirse como una auténtica reina fantasma: sin trono ni súbditos, pero con la misión de cambiar el curso de la Historia...

Doctorada *summacum laude* en Física por la Universidad de Santiago, había luchado sin descanso para conseguir lo que había querido desde niña, desde siempre: entrar en el MIT (Massachusetts Institute of Technology). Justo cuando el sueño de su vida empezaba a materializarse, el Destino, los Dioses o la maldita Física (los tres parecían odiarla por igual, de modo que poco importa quién de todos fuera el culpable) le volvieron a asestar un certero golpe: llevarse a su abuela.

Entonces maldijo, gritó –porque ella jamás lloraba-, salió a navegar... y cocinó mucho, muchísimo. Y volvió a entrar en su bucle infinito de resultados posibles y probabilidades relativas: en otro universo hay una Mórrigan que es feliz en el MIT, una Mórrigan cuyos padres jamás se estrellaron en ese maldito accidente, una Mórrigan que tiene una abuela maravillosa con la que va al Mercado cada lunes...

Porque si había un lugar seguro en el mundo para Mórrigan, ese era el Mercado de San Agustín de A Coruña. Perdida entre fórmulas e incapaz de dejar atrás el pasado, pasaba horas contemplando los pescados recién capturados que descansaban en sus puestos. Había algo mágico en los príncipes de las profundidades, testigos mudos de incontables batallas y naufragios. Como científica, se sentía fascinada por una de las criaturas más antiguas de la Tierra.

Al comprarlos y cocinarlos, era como si lograse atrapar un trozo de mar, y eso la reconfortaba. Como si de alguna manera sus padres aún siguieran junto a ella, como si aquel accidente nunca hubiera tenido lugar... A menudo fantaseaba con viajar en el tiempo, con avisar a sus padres aquella turbia noche de octubre de que no era buena idea coger el coche. Qué diablos le importaba que en otro universo la hubieran visto graduarse con honores... ella los necesitaba aquí y ahora.

Pero la Física, como la vida, también es traicionera... Cientos de noches sin dormir no habían servido absolutamente de nada. Se-

guía furiosa con el mundo, cada día que pasaba un poco más. La Reina Fantasma. Odiaba que la hubieran abandonado en su trono de piedra, odiaba tener que reinar sola y rodeada siempre de sombras. Estaba tan cansada de pelear...

Cuando la ira la cegaba, Mórrigan se refugiaba en el monte y recogía hierbas silvestres que luego utilizaba para cocinar las lubinas, lenguados, rodaballos, merluzas... que compraba en el mercado. Le proporcionaba una suerte irremplazable de placer sumergirse en los secretos de aquellas misteriosas criaturas norteanas.

Tras su fondo delicado y el sabor a océano, surgían notas de caza, mohó, tierra, algas. Ella leía a la perfección lo que pedía cada pez, por eso sus recetas eran simplemente brillantes, como el resultado de una compleja ecuación. Tenía un talento innato heredado de su madre, quien a su vez lo había heredado de su abuela.

Y ahora ninguna de ellas estaba allí para probar sus platos... tampoco su padre, experto en atrapar los peces más hermosos y escurridizos del Norte. Sin embargo, había muchísima gente a su alrededor dispuesta a sentarse en su mesa, a servir incondicionalmente a la Reina Fantasma. Pero Mórrigan estaba demasiado inmersa en sus universos paralelos como para darse cuenta...

¿Qué podía hacer con el enorme caserío de su abuela? Ella no quería vivir rodeada de fantasmas, pero tampoco estaba dispuesta a abandonar el legado de sus antepasados. Antes de ponerse a valorar todas las posibilidades relativas y entrar en bucle una vez más, Mórrigan condujo hasta A Coruña (cómo odiaba las tortuosas carreteras de la Costa da Morte), eligió la lubina más jugosa del mercado de San Agustín -adoraba el recuerdo a nuez y ese sutil toque metálico de la lubina- y regresó a su pequeño castillo.

Se miró al espejo y reparó en lo poco que conocía a la persona que tenía enfrente. Cocinaba mucho, sí, pero comía muy poco. Estaba del-

gadísima, y su cara no ofrecía una imagen en absoluto halagüeña. Sus enormes ojos verdes (idénticos a los de su madre) centelleaban de ira bajo unas ojeras fraguadas durante meses; algunos mechones rebeldes le caían descontrolados sobre la frente; y su preciosa melena pelirroja, la marca de la familia O'Connell, era un auténtico desastre.

Cuenta la leyenda que sobre el campo de batalla siempre planea la etérea figura de una mujer delgada cuya mirada llena de ira paraliza a los soldados. Aunque mal interpretada como un mal augurio, no hace sino proteger a sus elegidos. Eso es exactamente lo que pensó Mórrigan cuando vio su imagen reflejada en el espejo. No había duda de que ella era la Reina Fantasma...

Había alejado de su vida a amigos, familiares e incluso había dejado que su novio de la facultad se fuera a buscar fortuna en la vieja Europa sin oponer resistencia alguna -por supuesto, para protegerle-. Por lo que sabía, ahora compartía investigaciones (y cama) con una experta en física de partículas que desde luego no tenía ni la mitad de su talento. Pero a Mórrigan ni siquiera le importaba, tan solo era un golpe más en su maltrecha armadura. Aquella noche decidió quitársela por un instante y olvidarse del resto de universos y posibilidades. Al fin y al cabo había sobrevivido a todas y cada una de las pruebas que sus Dioses, la Física y el Destino le habían puesto. Y seguía siendo la Reina...

Se duchó, logró recogerse el pelo -misión casi imposible tras semanas sin desenredarlo- en una coleta alta, y preparó una lubina salvaje en agua marina con chutney de cala-

baza y mango y un toque de hinojo (Dioses, ¡estaba deliciosa!). Después subió a su estudio, donde el amanecer la encontró -como tantas otras madrugadas-, rodeada de cuadernos, libros y pizarras garabateadas en varios idiomas.

Pero algo había cambiado. Por primera vez en su vida vio un atisbo de luz entre las sombras, y entonces supo que tenía que tomar una decisión. No tendría más oportunidades en este universo: o vendía la casa o se quedaba allí para siempre.

Y entonces hizo una cosa que jamás había hecho hasta entonces: visualizó el futuro. La obsesión de su vida era cambiar el pasado, pero nunca antes había utilizado sus teorías científicas para mirar hacia delante. Massachusetts o el Fin del Mundo. La diosa de la guerra tenía que enfrentarse a la peor batalla posible para cualquier mortal: elegir.

Y Mórrigan apostó por la vida en Finisterre, donde se hallaba su trono de piedra desde el principio de los tiempos. No pensaba vivir entre fantasmas, así que convirtió una parte del caserío en un restaurante muy especial, su restaurante: "El Fin del Mundo". Allí podrían acudir todas las almas perdidas en busca de un lugar seguro.

La joven que iba cada lunes al mercado con el peso del mundo sobre sus hombros desapareció, y en su lugar emergió una nueva Mórrigan, todavía atormentada por el pasado, pero poderosa y segura de sí misma. La Reina Fantasma había encontrado su lugar en este universo, aunque siguió persiguiendo hasta el fin de sus días una quimera: la ecuación que le permitiera saltar en el tiempo... ■